

Narcotráfico: ¿Neoliberalismo real?

Otto Maduro*

Con demasiada frecuencia, sufrimos de un muy peculiar defecto visual, que podríamos denominar «hipermetropía epistemológica». Vemos bien sólo de lejos, sobre todo la paja en el ojo ajeno: captamos contradicciones en otras personas y grupos, sin siquiera imaginar nuestras propias incoherencias. Percibimos la locura de llevar a sus últimas consecuencias las teorías y principios de otra gente, y entretanto nos cuesta matizar y relativizar nuestras propias normas y creencias. Criticamos la imposibilidad y el peligro de forzar sobre la realidad ideologías que nos repugnan, mas tendemos a rechazar toda crítica, complementación o reforma de las doctrinas que abrazamos —sobre todo si la iniciativa nos viene «de fuera»—.

Así acontece, a menudo, con religiones, concepciones éticas, teorías científicas e ideas sociales y económicas.

Todo esto no pasaría de una mera curiosidad intelectual si no fuera por una desafortunada realidad: gobernantes y políticos, legisladores y jueces, empresarios, comerciantes y banqueros, técnicos y profesionales —sin excepción— sufrimos frecuentemente de tal hipermetropía ... ¡con trágicas consecuencias para la ciudadanía común y corriente! Así les pasó a muchos países con el fascismo y el comunismo. Así nos sucede ahora en demasía con el neoliberalismo.

En estas líneas quiero apenas sugerir que, llevado a la práctica hasta sus últimas consecuencias —sin las críticas, restricciones, complementos y cambios que toda teoría requiere para ser sanamente ensayada en la práctica— el

narcotráfico puede ser visto como «neoliberalismo real». Con ello intento apuntar a que toda crítica ética del narcotráfico, consciente o no, implica una crítica del neoliberalismo —al menos de un neoliberalismo dogmático, cerrado a la crítica, complementación y modificación constantes— ... como el que continuamente hallamos en tantos «IESA boys» y otros poco serios emeterios.

¿CUANTO HAY PA'ESO?

En el mercado mundial actual, la lógica de la producción y el comercio de estupefacientes —tales como marihuana, cocaína y heroína— es la lógica de la ganancia, del lucro, del provecho propio. Se producen y se venden drogas, todos lo sabemos, porque en tales industria y comercio es posible ganar muchos más dólares por dólar invertido (y por día de trabajo) que en prácticamente cualquier otra área de la economía.

En una mentalidad para la cual lo más importante en la vida es hacer dinero y lo que hay que buscar es dónde se puede hacer más dinero con el propio esfuerzo —como en la mentalidad defendida, ejemplificada y nutrida por el neoliberalismo— ¿qué razón habría para no entrar en la producción y/o el comercio de narcóticos?

¡DATE, SHAMO!

En un cierto sentido, de nuevo, la lógica del consumo de drogas fuertes —raíz de la demanda motriz de la narcoindustria y el narcotráfico— es la lógica individualista del provecho propio. No importan los demás y ni siquiera demasiado el futuro lejano: lo único que importa es lo que a mí me beneficie ahora. Y si soy yo el único y soberano juez de mi propia conducta,

entonces lo que yo siento, creo y percibo como provechoso para mí es lo que es provechoso para mí —al menos hasta que mi propia experiencia me muestre lo contrario—. Lo que a otros les acontezca o lo que piensen los demás no cuenta, y el porvenir sólo es relevante en cuanto sea mi porvenir y en cuanto quiera y pueda percibirlo yo en el presente.

Si me place y me complace «tronarme» con bazuco, «meterme una nota» de marihuana, «un viaje» de heroína o lo que fuere, eso es asunto mío ... y mientras yo no experimente daño o dolor alguno ¿por qué «pararle» a más nadie?

En más de un sentido, ésta es la lógica neoliberal: la búsqueda egoísta del propio provecho es el motor básico de la conducta humana y sería contraproducente tratar de oponerse a ella. Y, si es así, ¿por qué dejar las drogas que me provoca consumir?, ¿por qué oponerme a que otras personas las usen?

VOX POPULI, VOX DEI

Para los liberales más coherentes, el mercado representa la raíz y el paradigma de una verdadera democracia. En el mercado, la mayoría decide —supuestamente— qué, cómo, cuándo y dónde se debe producir, al igual que lo que debe dejar de producirse. En el mercado, las minorías tienen también una voz eficaz y audible, generadora de nuevos productos y beneficios. Allí, cada voz es un voto y somos todos iguales. Lo que la gente pida —salvo que sea absurdo o imposible— se producirá, ya que alguien descubrirá algún día cómo beneficiarse de esa exigencia produciendo y vendiendo bienes para satisfacerla. Es más: la demanda motivará la inteligencia, creatividad e imaginación humanas en pos de producir más, mejores y más baratos productos para satisfacer la misma demanda (beneficiándose así productores y comerciantes).

En el mercado real actual, la demanda por más, mejores, más variadas y baratas drogas crece y se multiplica. Cada vez más gente de las clases medias y altas del norte y el sur

* Sociólogo y filósofo caraqueño, actualmente profesor invitado en la Escuela de Teología de Drew University (E.U.A.). (Especial para SIC)

invierten un mayor porcentaje de su dinero, tiempo y energías en drogas de lujo (base fundamental del más lucrativo narcotráfico). Entretanto, modesta y humildemente, un segmento cada vez mayor de las clases populares se inclina por «drogas tapa amarilla». Las ganancias crecen, la variedad y la creatividad se multiplican, los beneficiarios directos e indirectos aumentan a diario... ¡Es el reino de la demanda, la democracia del mercado!

¿Qué razón podría haber, pues, para perturbar el mercado de la droga? ¿Por qué no dejar que las fuerzas libres del mercado decidan el destino de la industria y el comercio de estupefacientes?

¡FUERA LOS TOMBOS! ¡MUERA LA DEA!

En el más puro neo (y vetero) liberalismo, el Estado no debe intervenir en el mercado salvo marginal y coyunturalmente (cada neoliberal interpreta este principio, como buen ser humano, a su manera: es decir, «El Estado sólo debe intervenir en el mercado cuando a mí me beneficie y cuando yo lo pida»).

Tal principio tiende a regir hoy las relaciones de la narcoindustria, el narcotráfico, la narcobanca y el consumo de drogas con los Estados: ¡que el gobierno no se meta! Y en tanto haya gobiernos que se metan donde el mercado no los ha llamado —o que no se metan a garantizar la libre competencia entre los variados empresarios de la droga—, en esa misma medida aparece una nueva demanda: la de grupos paramilitares que defiendan al floreciente mercado contra sus enemigos, es decir, el Estado y la desleal competencia de otros empresarios igualmente armados (no olvidemos que el derecho a portar armas consagrado por la Constitución estadounidense está originalmente destinado a proteger al individuo privado, principalmente, de los posibles abusos del Estado).

Pero ¿por qué habría que ser de otra manera? ¿Por qué no parar de una vez por todas la intervención estatal en el mercado de drogas? ¿Por qué no permitir, además del narcotráfico, la

proliferación de cuerpos armados para protegerlo de gobiernos y otros competidores desleales?

¡QUE VIVA EL LIBRE COMERCIO!

Los dirigentes de los E.U.A. e Inglaterra, entre otros, se vienen esforzando denodadamente por convencer al mundo entero de la imperiosa necesidad de eliminar subsidios, tarifas aduanales, prohibición de ciertas importaciones, PVPs y otros tratamientos preferenciales por parte de los gobiernos a las industrias y a los consumidores nacionales.

«¡Comunismo trasnochado!», cacarean unos; «¡Intervencionismo desleal!», ladran otros. El coro sólo es ahogado por los balidos laudatorios de quienes celebran —en ebriedad champanizada— los catires tratados de libre comercio con Norteamérica y Europa. Que se hundan la industria electrónica brasileña y la OPEP, y la cinematografía francesa no importa un bledo. Es parte del pequeño precio que hay que pagar por la libertad.

No es que yo diga que haya necesariamente que hacer, siempre y sólo, lo contrario. Todo lo que pregunto es: ¿por qué entonces no eliminar también las barreras aduanales que impiden la importación de narcóticos? ¿Por qué obstaculizar la producción y exportación de estupefacientes? ¿Por qué ese trato preferencial a licores y enlatados televisivos en desmedro de otros alucinógenos como el opio o el LSD?

¡LA DROGA AL PAQUETE!

Michael Novak, el gringocatólico adalid neoliberal —«neo-conservador» los llaman por allá—, ha expresado mejor que nadie el optimismo de sus copartidarios: No hay mejor motivación para el desarrollo económico que el interés privado. El más idóneo motor del progreso es la creatividad individual. La imaginación, inteligencia e inventiva humanas tienen su mejor estímulo en la búsqueda y el logro del provecho propio. Por eso, si queremos progreso económico, científico y tecnológico —los cuales requieren productividad y eficiencia— no hay otra

salida que la libre empresa: derribar todas las trabas burocráticas, los obstáculos gubernamentales y los pesados fardos tradicionales y moralistas para que emerja, pujante, la iniciativa privada. Sólo así se producirán los puestos de trabajo, los bienes y servicios, la riqueza y las innovaciones que darán de verdad —¡por fin!— al traste con la escasez, el desempleo y la pobreza.

El egoísmo es la raíz natural del verdadero altruismo. Lo contrario es ilusión comunista decimonónica o fantasía católica medieval —o peor, como diría Juan Nuño, la última mescolanza de ambos espejismos—.

¿Por qué, pues, limitar la probada creatividad técnica de los narcoproductores? ¿Para qué entabrar la imaginación innovadora de los traficantes? ¿Por qué no estimular y premiar la ejemplar inteligencia financiera de la narcobanca?

LO QUE ES IGUAL NO ES TRAMPA

Ya me parece escuchar, como respuesta a todas las preguntas de marras, a la «madre de todas las objeciones»: las drogas hacen mucho daño (físico, psicológico, social y —¡oh, desgracia de todas las desgracias!— económico). Los narcóticos crean adicción, nubilan la inteligencia, estimulan conductas violentas, destruyen lazos familiares, excitan el egoísmo y el hedonismo, y para colmo —lo peor de lo peor— reducen la productividad de la economía toda.

Pero entonces ¿en qué quedamos? ¿No y que éstos eran todos «prejuicios comunistas», «falsas excusas para justificar el estatismo», «moralismos trasnochados» e «infantilismos de izquierda»? Después de todo, es lo que me parece haber oído del coro neoliberal cada vez que de otros lados se aducen razones semejantes en pro de altos impuestos para licores y tabaco; contra las jornadas agotadoras de trabajo industrial; frente a la proliferación descontrolada de juegos y filmes de agresión homicida; ante los licenciamientos masivos de trabajadores y la eliminación de subsidios a la salud, la educación, el transporte o el

desempleo; en oposición al consumismo; para criticar las prácticas destructivas del medio ambiente o la producción, comercialización y uso de sustancias nocivas a los seres humanos (tales como el Enterovioformo, el DDT o el asbesto).

¿O es que, una vez más, estamos ante otra ley del embudo: las objeciones valen cuando benefician a quienes tienen la sartén por el mango pero son «obsoletas y periclitadas» cuando merman mis negocios?

¿Por qué no pensar, más bien, como en otros ámbitos, que todos esos daños son «precio inevitable del progreso», «costos sociales» dolorosos pero ineluctables, «males necesarios»? ¿Por qué no razonar ante el narcotráfico como se hace con otras áreas y dimensiones del libre mercado y de la libre empresa: verbigracia, que peores son los males derivados de barreras, controles y prohibiciones limitantes de la empresa y el mercado de estupefacientes? ¿Por qué no creer —tal y como se aduce en otros terrenos de la economía— que ya los mecanismos autorreguladores del mercado se encargarán, solitos, de corregir las pocas fallas del mercado de drogas?

¡PO' FABO!

Todo lo que quiero sugerir es lo siguiente, y es muy sencillo:

Primero. Que de la debacle del comunismo podríamos sacar conclusiones bastante más útiles e inteligentes que las de una perezosa y cómoda fe (simplista, ingenua, dogmática y sectaria) en las tontas recetas del marxismo ... ¡o del neoliberalismo! Por ejemplo, podríamos empezar a tomarnos en serio la incómoda hipótesis de que nunca ha habido, ni hay ni habrá jamás recetas únicas y universales para entender o resolver los complejismos, heterogéneos y graves problemas de nuestras economías. Que hace falta una enorme dosis de apertura humilde, diálogo flexible, valiente pluralismo, reflexión autocrítica, continua creatividad y arriesgados experimentos para ir construyendo nuestros propios y provisionales diagnósticos, pronósticos y tratamientos de la actual crisis

económica nacional y mundial.

Segundo. Que la ética **no** es un asunto extraeconómico ni tampoco algo que se reduzca a y se resuelva en asunto puramente económico. Ni **tampoco** es la economía negocio exclusivo de expertos (empresarios, banqueros, comerciantes, políticos y/o economistas) o *affaire* extraético o supramoral. Al contrario: que en la medida en que en la economía se juegan la vida, muerte, salud, enfermedad, ocupación del tiempo y satisfacción o no de las necesidades humanas, la economía —narcotraficante o no— es entonces **asunto ético por excelencia**: tema y terreno de deliberación y decisión democráticas de **toda** la sociedad civil. Reflexión, conversación y decisiones **éticas** tienen que estar —crítica y públicamente— en el corazón de toda reflexión, conversación y decisión en torno a la economía.

Tercero y último, por ahora. Que el hecho de que el pueblo de los E.U.A. se angustie y trate de hacer algo ante el flagelo del narcotráfico es un hecho comprensible y respetable. Pero que no lo es menos el que nuestra gente —nuestras madres y padres de familia— viva atormentada por los espectros del desempleo, la inflación, la carestía de los bienes y servicios de primera necesidad (comida, vivienda, atención médica, transporte, etc.) y el deterioro creciente de la calidad de la vida cotidiana. Que estos hechos son variables-clave en esta hora de graves crisis, transición y decisiones nacionales: variables cuya consideración no puede dejarse en manos de cogollos «yuppies» que no las sufren todavía ni, aun menos, en manos de un ilusorio mercado autorregulado cuyo epítome podría bien ser el del narcotráfico como «neoliberalismo real».

¿Habrà la posibilidad de que el nuevo liderazgo nacional se deje de perezas mentales —socialistas o liberales— y encare en serio la tarea de usar la cabeza para repensar de modo crítico, creativo y colectivo el futuro económico de nuestro país? Ojalá que así sea.



comunicación

ESTUDIOS VENEZOLANOS DE COMUNICACION

PERSPECTIVA CRITICA Y ALTERNATIVA

SUSCRIPCIONES (4 úmeros al año)

| | | |
|--------------------------|------------|--------------|
| Venezuela | Bs. 700.00 | (aéreo) |
| Extranjero | US& 26.00 | (aéreo) |
| América | US& 14.00 | (superficie) |
| Europa y resto del mundo | US& 30.00 | (aéreo) |
| Número suelto | Bs. 200.00 | |

Revista COMUNICACION
Centro Gumilla
Edif. Centro Valores, P.B.
Apartado 4838
Caracas 1010-A. Venezuela